

**‘LA RAZA ENTRA POR LA BOCA’: EUGENESIA Y ALIMENTACIÓN  
EN COLOMBIA, 1890-1930.**

**[Texto en elaboración, por favor no circular ni citar]**

Stefan Pohl-Valero  
Universidad del Rosario

### INTRODUCCIÓN

Además del constante señalamiento del papel del darwinismo en la articulación de una mirada medicalizada de la sociedad colombiana a finales del siglo XIX que la entendió como “un organismo sujeto a las mismas leyes de la evolución de los organismos vivos”,<sup>1</sup> existieron otras metáforas que permearon la forma de entender su funcionamiento y diagnosticar sus problemas. Una de ellas, indudablemente, fue la de del cuerpo como una máquina térmica transformadora de energía. Si para el abogado y economista Ramón Vanegas la sociedad debía ser entendida como un “organismo” compuesto por diferentes órganos todos ellos interconectados y por lo tanto era fundamental que para legislarla fuera necesario conocerla “más perfectamente aún de lo que el médico conoce el cuerpo humano cuyas dolencias está encargado de aliviar”<sup>2</sup>, para el médico Manuel Cotes el cuerpo debería entenderse como una máquina destinada a ser regulada para mantener un balance contable entre sus ingresos y sus egresos y así evitar su “bancarrota”:

Resulta, pues, que todo lo que sirve para el sostenimiento del cuerpo, debe proceder del exterior, y que todo gasto económico debe ser compensado por un ingreso oportuno, para evitar de este modo la *bancarrota* de la máquina viviente, porque la actividad del organismo vive necesariamente de un trabajo de transformaciones de las sustancias en él introducidas; de trasposiciones y sustituciones de moléculas, por medio de las cuales se producen combinaciones admirables.<sup>3</sup>

Estas metáforas biológicas y económicas de finales del siglo XIX estaban íntimamente interconectadas entre sí y ayudaron configurar en Colombia un campo de saber sobre el trabajo que, articulando nociones de la termodinámica, la física médica, la economía política y la fisiología de laboratorio, resignificó el concepto de cuerpo desde el punto de vista de optimización de su productividad. A partir de esta rejilla interpretativa que entendía el funcionamiento individual y social fundamentalmente como un proceso de transformación de energías, ideas recurrentemente invocadas a la hora de hablar de los

---

<sup>1</sup> Carlos Ernesto Noguera, *Medicina y política. Discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo XX en Colombia* (Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2003), 108-109. Sáenz, Saldarriaga y Ospina reflejan muy bien esta versión canónica de cómo se empezó a entender la sociedad colombiana en términos evolutivos: “Desde 1860 las teorías del evolucionismo social del filósofo y pedagogo inglés Herbert Spencer, con sus nociones de lucha por la vida, supervivencia del más fuerte y selección natural y social, dominaron las interpretaciones de los fenómenos sociales en el país.” Javier Sáenz; Óscar Saldarriaga y Eduardo Ospina, *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946* (Bogotá: Uniandes, 1997), 80.

<sup>2</sup> Ramón Vanegas Mora, *Estudio sobre nuestra clase obrera* (Bogotá: Imprenta de Torres Amaya, 1892), 5.

<sup>3</sup> Manuel Cotes, *Régimen alimenticio de los jornaleros de la Sabana de Bogotá: estudio presentado al Primer Congreso Médico Nacional de Colombia* (Bogotá: Imp. de La Luz, 1893), 6.

problemas sociales nacionales como la “vitalidad del pueblo”, o la “degeneración de la raza” entraron en los confines del laboratorio para su análisis y medición en unidades termodinámicas.<sup>4</sup>

Los trabajos de Cotes y Vanegas fueron investigaciones pioneras de esta ciencia del trabajo en los albores del siglo XX en Colombia. Ambos se preocuparon por conocer las condiciones laborales de diferentes trabajadores de Bogotá y por poder definir, de “forma científica”, las ideales para maximizar su productividad. En el centro de estos análisis se encontraba la alimentación, que desde entonces se empezó a entender fundamentalmente como la fuente de energía –medida en calorías– necesaria para accionar la máquina humana. Así, el objetivo principal de este artículo consiste en mostrar cómo esta forma energética de entender y estudiar la alimentación de la población jugó un papel fundamental en los discursos sobre la “degeneración de la raza” que las élites locales debatieron profusamente en las primeras décadas del siglo XX y en las estrategias que se instauraron para lograr su *regeneración*.<sup>5</sup> En particular, es un esfuerzo por aportar una nueva mirada a la forma que se articuló la eugenesia y, en general, la medicalización de la sociedad colombiana más allá de los referentes de las teorías a los que los académicos han recurrido tradicionalmente a la hora de hablar de “racismo científico”: el determinismo climático, el positivismo, el darwinismo social y el neolamarckismo.

La mayoría de las investigaciones que han abordado la historia de la eugenesia en Colombia le han prestado especial atención a una serie de debates públicos que realizaron médicos y pedagogos en el Teatro Municipal de Bogotá en 1920 y que luego se publicaron bajo el nombre de *Los problemas de la raza en Colombia*. De acuerdo a las posturas de los diferentes autores históricos sobre este asunto, se ha señalado la “mediocridad científica” de algunos de ellos por abrazar una ciencia ideologizada europea (eugenesia)<sup>6</sup>, o que éstos “obedecían más a una ideología del racismo que al saber científico”.<sup>7</sup> A partir del trabajo sobre eugenesia, género y nación de Nancy Stepan en América Latina, se han problematizado este tipo de juicios históricos, no por defender la eugenesia o algo parecido, sino porque implican una mirada idealizada y apolítica de la ciencia. Desde el punto de vista de la sociología del conocimiento científico, que ha señalado que la ciencia es un actividad humana y local atravesada por factores sociales y culturales incluso en los mismos procesos de producción de conocimiento, Stepan argumentaba que definir la eugenesia como una pseudo-ciencia era una escapatoria conveniente ya que permitía ignorar tanto el papel de prominentes científicos en su construcción como la naturaleza política de gran parte de las ciencias

---

<sup>4</sup> Sobre la configuración de esta ciencia del trabajo en Colombia, ver Stefan Pohl-Valero, “Energy, productivity and nutrition: the making of a science of work for the human body optimization in Colombia, 1870-1920”, *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*. [En prensa].

<sup>5</sup> La idea de “regeneración” de la población se inscribía en un contexto político y cultural de corte conservador que sus mismos protagonistas llamaron justamente el periodo de la Regeneración. Aunque por lo general se ha indicado este periodo de las últimas décadas del siglo XIX como de una profunda preocupación de las élites por regenerar la moral del pueblo frente a los esgrimidos “estragos” del periodo liberal anterior, acá se destaca su preocupación de regenerar también los cuerpos en términos productivos.

<sup>6</sup> Alien Helg, “Los intelectuales frente a la cuestión racial en el decenio de 1920: Colombia entre México y Argentina”, *Estudios Sociales* 4 (1989): 43.

<sup>7</sup> Sáenz, Saldarriaga y Ospina, *Mirar la infancia*, 79

biológicas y sociales. Adicionalmente, y para el caso latinoamericano, señalaba que no se trataba de una simple recepción pasiva de la eugenesia europea –dominada por el determinismo genético–, sino de un proceso activo de selección y reensamblaje de ideas y prácticas científicas que se adaptaron a los valores culturales y contextos locales. En particular Stepan indicaba la predominancia que tuvo la teoría neolamarckiana de la herencia de caracteres adquiridos y la forma como esta teoría influyó en la configuración de campañas eugenésicas centradas más en aspectos higiénicos y educativos que en prácticas como la esterilización que dominaron la eugenesia de los países anglosajones.<sup>8</sup>

Volviendo al caso colombiano, además de asumir una visión difusionista y muchas veces apolítica de la ciencia, los trabajos históricos sobre eugenesia han identificado una y otra vez, y a partir del mencionado debate de 1920, dos grandes posturas entre los médicos y pedagogos involucrados: una mirada “biologicista”, basada en un determinismo hereditario y climático que comprendía que para mejorar la raza colombiana era necesario instaurar fundamentalmente políticas de fomento de inmigración de “raza blanca europea” (además de leyes prenupciales y campañas de esterilización), y una mirada “culturalista” que veía en la implementación de reformas y políticas sociales como campañas educativas e higiénicas la solución al “problema”.<sup>9</sup> Esta separación entre los biologicistas y los culturalistas, ha sido entendida desde posturas bipartidistas (unos corresponderían a una mirada más conservadora y los otros a una más liberal, unos serían más racistas y los otros menos), hasta posturas teóricas foucaultianas: un bando reflejaría una “estrategia de gobierno para poblar” (los biologicistas influenciados por el darwinismo y el positivismo) mientras el otro, una estrategia de disciplinamiento de la población (los culturalistas influenciados por el “vitalismo francés de finales del siglo XIX”).<sup>10</sup>

Los mencionados trabajos de Cotes y Vanegas, enfocados en las condiciones laborales y capacidades fisiológicas de trabajo de los obreros, representan un buen ejemplo para problematizar estas distinciones, que en términos generales las podríamos designar como entre lo natural y lo cultural. Aquí, en vez de asumir que la realidad se deja compartimentar de forma nítida entre aspectos sociales y aspectos naturales y que los que la tratan de abordar se acercan a ella con uno u otro lente, se propone un enfoque que entiende que el orden social y el orden natural se producen de forma conjunta y que el estudio de la naturaleza y de la sociedad es performativo toda vez que

---

<sup>8</sup> Nancy Stepan, *The Hour of Eugenics: Race, Gender, and Nation in Latin America* (Ithaca: Cornell University Press, 1991).

<sup>9</sup> Véase, entre otros, Santiago Castro-Gómez, “Razas que decaen, cuerpos que producen. Una lectura del campo intelectual colombiano (1904-1934)”, en *Biopolítica y formas de vida*, ed. Rubén A. Sánchez (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2007), 197-142; Jason McGraw, “Purificar la nación: eugenesia, higiene y renovación moral-racial de la periferia del Caribe colombiano, 1900-1930”, *Revista de Estudios Sociales* 27 (2007): 62-75; Zandra Pedraza, “El debate eugenésico: Una visión de la modernidad en Colombia”, *Revista de Antropología y Arqueología* 9 (1996): 115-159; Andrés Klaus Runge y Diego Alejandro Muñoz, “El evolucionismo social, los problemas de la raza y la educación en Colombia, primera mitad del siglo XX: El cuerpo en las estrategias eugenésicas de línea dura y de línea blanda”, *Revista Iberoamericana de Educación* 39 (2005): 127-168; Helg, “Los intelectuales”; Sáenz, Saldarriaga y Ospina, *Mirarla infancia*.

<sup>10</sup> Castro-Gómez, “Razas que decaen”, 117.

ayuda a configurar las realidades que intenta estudiar.<sup>11</sup> En este artículo se intentará ejemplificar esta postura teórica al mostrar cómo la alimentación –y la nutrición como el campo científico para su intervención–, se volvió un problema social justamente cuando se convirtió en un objeto de investigación científica. Objeto de investigación que desdeñó justamente las fronteras que las ciencias sociales han asumido tradicionalmente entre lo natural y lo social.

### **NUTRICIÓN, HIGIENE MODERNA Y RAZA**

En las dos primeras décadas del siglo XX, se empezó a reflejar el incipiente interés de los médicos colombianos por conocer los hábitos y cualidades alimenticias de las poblaciones de las diferentes regiones del país y por intentar que el estado regulara su alimentación de acuerdo a la moderna ciencia de la nutrición. Como lo comentara en 1911 el médico e higienista conservador Pablo García, presidente en ese momento del Consejo Superior de Sanidad y director de la *Revista de Higiene*, “la defectuosa alimentación de nuestra clase obrera debe hacernos meditar sobre las funestas consecuencias que ella tiene no solamente sobre la salud individual y colectiva, sino sobre el porvenir de la raza; y si algún papel importante desempeña la higiene moderna en los pueblos es, ciertamente su relación con los problemas sociales que en la hora actual preocupan a la mayor parte de los Gobiernos del mundo, y a cuya solución puede contribuir de una manera eficaz”.<sup>12</sup> García Medina, quien jugaría un papel fundamental en la consolidación y centralización de la higiene pública en Colombia,<sup>13</sup> destacaba por tanto la relación entre alimentación y problemas sociales como un campo de estudio e intervención fundamental de la “higiene moderna”, a la vez que reflejaba una conceptualización energética del funcionamiento del cuerpo humano:

En el hombre como en todo organismo en actividad, se desarrolla constantemente energía, la cual se manifiesta en los movimientos que ejecutamos, en el calor que produce nuestro cuerpo, en la electricidad que se desarrolla en los tejidos, etc. etc. Los órganos toman del exterior los alimentos necesarios para producir esta energía. El oxígeno, las sustancias como el azúcar y el almidón, llamadas hidratos de carbono, y compuestas de hidrógeno, oxígeno y carbono, y las formadas de estos tres elementos, pero en otras proporciones, suministran al organismo la energía. (172).

---

<sup>11</sup> Sheila Jasanoff, “Ordering knowledge, ordering society”, en *States of knowledge: the co-production of science and social order*, ed. Sheila Jasanoff (London: Routledge, 2004), 13-45; Bruno Latour, *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007); Stefan Pohl-Valero, “Perspectivas culturales para hacer historia de la ciencia en Colombia”, en *Historia cultural desde Colombia: categorías y debates*, ed. Max S. Hering Torres y Amada Carolina Pérez (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia / Pontificia Universidad Javeriana / Universidad de los Andes, 2012), 399-430.

<sup>12</sup> Pablo García Medina, “La alimentación de nuestra clase obrera en relación con el alcoholismo”, *Revista de Higiene. Órgano del Consejo Superior de sanidad de Colombia* 6, no. 88 (1914): 161-176, 161. Este artículo se publicó originalmente en 1911 en la *Revista médica de Bogotá. Órgano de la Academia Nacional de Medicina*.

<sup>13</sup> García Medina fue secretario de la Junta Central de Higiene, creador del Consejo Superior de Sanidad, de la Dirección Nacional de Higiene (1918) y del Departamento Nacional de Higiene (1931). Emilio Quevedo et al., *Café y gusanos, mosquitos y petróleo. El tránsito de la higiene hacia la medicina tropical y la salud pública en Colombia, 1873-1953* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2004), 167.

Gracias a esta concepción del funcionamiento del cuerpo, apuntaba García Medina, la ciencia moderna tenía la capacidad de “contribuir a mejorar la situación de la clase obrera” a través del estudio de su alimentación y la definición de dietas adecuadas energéticamente de acuerdo al tipo de trabajo que realizaban, así como debería establecer la vestimenta necesaria y las características de habitaciones higiénicas que ayudaran al balance energético de sus actividades. Uno de los trabajos pioneros que mencionaba García Medina sobre esto temas era el del médico Manuel Cotes, que en 1893 presentó en el Primer Congreso Médico Nacional un estudio sobre el “Régimen alimenticio de los jornaleros de la Sabana de Bogotá”. En su trabajo, la comida era entendida como el conjunto de elementos químicos que la componían y cuyas propiedades jugaban diferentes papeles en el funcionamiento metabólico del organismo. En el centro de su análisis se encontraba el objetivo de aumentar la “potencia productiva del país” en la medida que se pudieran realmente “restaurar las fuerzas aniquiladas por el trabajo” a través de lo que se empezó a llamar la *nutrición racional*.<sup>14</sup> Como lo comentaba al inicio de su trabajo, era sorprendente la “despreocupación [de los “abnegados jornaleros”] en lo tocante al *pan de cada día* para restaurar las fuerzas perdidas por la fatiga muscular de nueve o diez horas de trabajo, para lo cual sólo cuentan con un pedazo de pan negro y una totuma de chicha mal preparada” (5). Cotes, que en el futuro sería presidente de la Junta Departamental de Higiene del Magdalena, se proponía realizar un estudio minucioso para poder definir de forma científica la ración alimentaria necesaria para diversos tipos de personas y trabajos, e instaba a los participantes del Primer Congreso Médico Colombiano en reconocer la importancia de inculcar en los escolares y trabajadores una higiene y régimen alimentario que les enseñara a cómo convertirse en máquinas eficientes para el progreso de la nación.

A partir de la observación de 200 trabajadores y de la visita a 30 tiendas para saber el costo de los alimentos, Cotes categorizó a tres tipos de obreros y estableció el salario promedio y régimen alimentario de cada uno de ellos. Agrupando sus resultados en tablas que promediaban la cantidad de gramos de los diferentes alimentos que consumían en un día estas tres categorías de trabajadores y luego descomponiendo estas cantidades en sus sustancias nutritivas, Cotes llegaba a la siguiente conclusión:

El cuadro adjunto nos demostrará la insuficiencia de la alimentación de estos trabajadores, comparada con la cantidad de alimento diario que necesita un hombre de trabajo para que sus funciones no languidezcan y pueda soportar las faenas del trabajo sin pérdidas insuperables. Por dicho cuadro se ve que las materias asimilables que entran en la alimentación diaria de nuestros jornaleros, están muy distantes de contener cantidades y proporciones que hemos apuntado anteriormente como indispensables para una nutrición siquiera mediana (32).

Una de las preocupaciones de Cotes, que compartía con varios médicos de la época, era el papel de la alimentación para el “porvenir de la raza”. El concepto de raza utilizado en estos discursos era ambiguo, aludiendo algunas veces a la población

---

<sup>14</sup> Cotes, Manuel. *Régimen alimenticio de los jornaleros de la Sabana de Bogotá: estudio presentado al Primer Congreso Médico Nacional de Colombia* (Bogotá: Imp. de La Luz, 1893), 41-42.

colombiana en general y otras veces a grupos regionales, p.ej. la raza antioqueña, o a comunidades indígenas. El mismo Cotes se preguntaba por las capacidades físicas, morales e intelectuales de los “indios de la Sabana de Bogotá”, o la “tribu chibcha”, recalcando que “las fuerzas físicas y morales de un pueblo se desarrollan ventajosamente en razón directa y precisa de los alimentos que usa” (24). Para Cotes los “chibchas” habían tenido en épocas de la conquista y durante la colonia una alimentación “sustanciosa y reparadora, prueba de lo cual es la robustez e inteligencia de esta raza poderosa y rica” (24). Haciendo una fuerte crítica al periodo republicano y en particular a las políticas del liberalismo económico de mediados del siglo XIX que “tuvieron la increíble decisión de suprimir los resguardos indígenas”, se lamentaba de que se hubiera truncado la configuración de una raza mestiza ideal para el trabajo en las condiciones atmosféricas y climáticas de las alturas. Para Cotes, el freno de su progreso se desprendía de la combinación de elementos políticos (liberalismo económico: desaparición de los resguardos), sociales (mala instrucción y bajos salarios) y fisiológicos (desgaste de la máquina humana por la mala alimentación):

Y si dichos gobiernos [republicanos] hubieran atendido a la instrucción de aquellas gentes, y adoptado medidas positivas para que el salario hubiera sido suficiente a compensar el gasto de trabajo prestado, ese pueblo, libre, inteligente y laborioso, rodeado de los afectos entrañables del hogar, habría sido la sólida base de una nueva raza formada por cruzamiento y selección con las mejores condiciones físicas para vencer las acciones atmosféricas y climáticas de estas alturas, mejor que ninguna otra raza inmigrante (25).

Con respecto a los trabajadores de otras regiones, la clasificación de sus capacidades laborales y morales también se supeditaba al tipo de alimentación que tenían. De acuerdo a estadísticas del consumo de carne en las diferentes regiones del país, Cotes destacaba el “absurdo fisiológico” de que su consumo disminuía en la medida que aumentaba la altitud. Era ésta una de las razones por las cuales los obreros de “la Costa y los antioqueños tengan mayor resistencia al trabajo que los boyacenses y los sabaneros, puesto que su alimentación de aquellos es superior a la de éstos, lo que, por lo mismo, los hace ser más robustos y más inteligentes” (39). Igual argumento esgrimía García Medina en un estudio sobre los peones de los llanos del Casanare. Aunque su alimentación, aseguraba García Medina, era limitada y poco variada (principalmente arroz, yuca, plátano y gran cantidad de carne y café), era lo suficientemente nutritiva, lo que repercutía en que tuvieran gran fuerza muscular, resistencia a la fatiga, y fueran “inteligentes, locuaces y valientes”. En contraste, los habitantes de la cordillera eran “débiles, anémicos y perezosos”, dado que comían mucha menos carne que los llaneros.<sup>15</sup>

En pleno periodo político conservador de la *Regeneración* de finales del siglo XIX y principios del XX, las palabras de estos higienistas reflejaban los complejos e interconectados aspectos fisiológicos, sociales y morales con los que las élites buscaban producir una población idónea para lo que ellos entendían que debía ser el progreso y

---

<sup>15</sup> Citado en Cotes, *Régimen alimenticio*, 45-46.

civilización de la nación.<sup>16</sup> La idea de forjar una “nueva raza”, tal como lo comentaba Cotes, captaba en toda su dimensión este proyecto de reformas sociales que en su aspecto fisiológico, por lo menos, no tendría mayores modificaciones con la llegada del periodo liberal en la década de los 30’s. La idea de que el estado debería intervenir en aspectos sociales tales como la regulación de sueldos y precios de la alimentación, las condiciones higiénicas laborales y la enseñanza en materia de higiene y regímenes alimentarios fue una constante en la primera mitad del siglo XX y que poco a poco se iría materializando en acciones concretas. Aprovechando estándares europeos y norteamericanos que permitían traducir en calorías los contenidos nutritivos de los alimentos locales –carbohidratos, grasas y proteínas– y definir los requerimientos calóricos mínimos para diferentes personas (lactantes, niños, etc.) y actividades (jornaleros, obreros, etc.), se empezaron a realizar encuestas de los hábitos alimenticios de la “clase obrera”, análisis de la composición nutricional de estos alimentos y su precio en el mercado, de las características metabólicas de diferentes poblaciones, así como incipientes campañas de higiene alimentaria y conocimiento nutricional.<sup>17</sup> Este ámbito de investigación e intervención, que transitaba entre lo natural y lo social, se enfocó en lograr la “regeneración racial” de la población, ayudando justamente a darle un nuevo sentido a la noción de raza. Tal como lo comentaba a finales de la década de 1930 el recién creado Ministerio de Higiene, Trabajo y Previsión Social, este tipo de estudios que incluían tipos de familia, niveles de ingreso, alimentos ingeridos, precios,

---

<sup>16</sup> Como comenta Hayley Frosyland para el periodo de la Regeneración, “la salud pública, la caridad y la instrucción moral fueron primordiales en la lucha por mejorar la raza colombiana y por formar la cultura común y los valores comunes que son tan frecuentemente considerados como esenciales para la formación de una identidad nacional.” Hayley Frosyland, “The regeneración de la raza in Colombia”, en *Nationalism in the New World*, ed. Don H. Doyle y Marco Antonio Pamplona (Athens and London: The University of Georgia Press, 2006), 165.

<sup>17</sup> Además de los trabajos ya mencionados, ver, entre otros, Carlos Michelsen Uribe, “Carnes. Su consumo en Bogotá”, *Revista de Higiene. Órgano de la Junta Central de higiene* 3, no. 29 (1891): 227-229; Miguel Arango M., *Observaciones sobre la leche y el régimen lácteo* (Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, 1893); Rafael Zerda Bayón, *Química de los alimentos, adaptada a las necesidades económicas e higiénicas de Colombia* (Bogotá: Imp. del Comercio, 1917); Calixto Torres Umaña, “Influencia de la chicha sobre el metabolismo azoado”, en *Proceedings of The Second Pan American Scientific Congress. Section VIII Part 2*, ed. Glen Levin Swiggett (Washington: Government Printing Office, 1917), 105-110; Calixto Torres Umaña, *Sobre metabolismo azoado en Bogotá* (Bogotá: Ed. Arboleda & Valencia, 1913); Remigio Díaz Valenzuela, *Apuntes sobre la alimentación de los niños normales durante los primeros meses de la vida* (Bogotá: Tip. de El Voto Nacional, 1922); Calixto Torres Umaña, *Problemas de nutrición infantil* (París: Eds. Franco-Ibero-Americana, 1924); Luis E Ferro Latorre, *Contribución al estudio de la alimentación del niño normal en su primer año* (Bogotá: Tip. Italia, 1927); Alonso Jaramillo Arango, *Química sanguínea, ración alimenticia y metabolismo* (Medellín: s.n., 1932); Carlos García Mayorga, *Problemas de la Alimentación en la Clase Obrera Colombiana* (Bogotá: Editorial Santafé, 1935); VV.AA., *Nuestros alimentos* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1935); Aristides Paz Viera, Insuficiencia de la ración Alimenticia del Obrero en Cartagena (Cartagena: Tipografía Di Costa, 1935); Alberto Borda Tanco, “Ciencia de la alimentación. Motor humano y motor animado o de sangre”, *Revista Nacional de Agricultura* 26, no. 367 (1935): 12-15; Juan B. Arias, “Las hortalizas y su valor alimenticio”, *Revista Nacional de Agricultura* 32, no. 395 (1937): 1046-1066; Leonidas Hurtado M., “Informe que rinde al señor ministro de Trabajo, Higiene y Previsión Social, el jefe de Sanidad doctor Leonidas Hurtado M., de la visita practicada al sector de trabajo Puerto Sagoc”, *Revista de Higiene* 19, no. 10 (1937): 5-40; José Francisco Socarrás, Alimentación de la clase obrera en Bogotá (Bogotá: Imprenta Nacional, 1939); Francisco Abrisqueta, “Las condiciones y el costo de vida de la clase obrera en Medellín”, *Anales de Economía y Estadística* 3, no. 6 (suplemento) (1940): 1-56; Miguel Arango R., “Notas sobre algunas raciones alimenticias”, *Revista Nacional de Agricultura* 35, no. 436 (1940): 13-17; Jorge Bejarano, *Alimentación y nutrición en Colombia* (Bogotá: Editorial Cromos, 1941).

composición química de sus nutrientes, valores calóricos y vitamínicos, entre otros, debían ser ampliamente divulgados para “hacer comprensible al público las bases de la política biológica” que el gobierno intentaba desarrollar y para “formar una clara conciencia sanitaria en todas las clases sociales del país.”<sup>18</sup> En otras palabras, y como veremos a continuación, lo que, por lo general, la historiografía ha entendido como el desplazamiento de campañas biológicas a campañas sociales y culturales dentro de un proceso de cambio político (el paso de los conservadores a los liberales) y de una “desbiologización” de la sociedad, mirando los discursos y las prácticas de sus propios protagonistas históricos, parece por el contrario más un proceso de continuidad que de ruptura y donde no es para nada claro la separación entre políticas sociales y “políticas biológicas”. Cada vez que se habló de los “problemas de la raza” durante los últimos años del siglo XIX y las primeras cuatro décadas del siglo XX en Colombia, lo social y lo biológico estuvieron profundamente imbricados en la forma de entender esa realidad que las élites, tanto liberales como conservadoras, intentaban gestionar.

### **GOTAS DE LECHE, PUERICULTURA Y RAZA**

Uno de los discípulos del higienista García Medina fue el pediatra Calixto Torres Umaña quién en su tesis de grado realizó una detallada investigación sobre las capacidades metabólicas de los habitantes de Bogotá y Tunja. En este trabajo, Torres realizaba un repaso del desarrollo histórico de la nutrición, destacando que esta ciencia había logrado su máximo desarrollo al lograr integrar efectivamente en su concepción del metabolismo el principio de la conservación de la energía. En el centro conceptual de esta nueva ciencia de la alimentación, se encontraba la metáfora del cuerpo humano como una máquina térmica:

El organismo sirve para la transformación de la energía, y él no la retiene, como no la crea. En un cuerpo adulto, en equilibrio de peso, la energía llevada por los alimentos es equivalente a la gastada por el individuo [...] el principio de la conservación de la energía se aplica pues al animal tan exactamente como a la máquina de vapor. [...] la nutrición se reduce a una transformación de la energía.<sup>19</sup>

El estudio de Torres Umaña fue presentado ante el público del segundo Congreso Científico Panamericano que se realizó en 1916-17 en Washington.<sup>20</sup> Por iniciativa de la delegación norteamericana, se le pidió al gobierno colombiano que escogiera a los ponentes locales para este congreso, siendo el médico Carlos Esguerra, presidente de la Academia de Medicina de Bogotá, el que sentó los criterios para escoger los trabajos

---

<sup>18</sup> Socarrás, *Alimentación de la clase obrera*, 3. Este trabajo había sido publicado originalmente en la revista *Anales de Economía y Estadística*, órgano de difusión de Contraloría General de la República, que había sido creada en 1923 como resultado de una de las recomendaciones de la misión norteamericana en asuntos económicos que el gobierno contrató en ese mismo año (Misión Kemmerer). El Ministerio de Higiene decidió publicarla como cartilla dentro de su campaña educativa.

<sup>19</sup> Calixto Torres Umaña, *Sobre metabolismo azoado en Bogotá* (Bogotá: Ed. Arboleda & Valencia, 1913), 14-15.

<sup>20</sup> Calixto Torres Umaña, “La nutrición en la altiplanicie de Bogotá”, en *Proceedings of The Second Pan American Scientific Congress. Section VIII Part 2*, ed. Glen Levin Swiggett (Washington: Government Printing Office, 1917), 52-104.



científicos que se presentarían: “de acuerdo con la Academias y Facultades científicas [que el Gobierno] abriera un concurso sobre temas que, inscritos en el programa del Congreso, tuvieran interés nacional y correspondieran a las ciencias que cultivan nuestras Academias y que el Gobierno enseña en las Facultades que forman la Universidad.”<sup>21</sup> El hecho de que un trabajo inscrito en la fisiología energética de la nutrición fuera elegido para representar los intereses investigativos de Colombia, demostraba la centralidad de este campo de saber para afrontar, como el mismo Torres lo señalara, “nuestros más trascendentales problemas.”<sup>22</sup> Su trabajo partía de mediciones fisiológicas realizadas en Bogotá y Tunja que, una vez comparadas estadísticamente con la media europea, adquirirían significado social sobre las capacidades de progreso de la población colombiana. Los resultados de sus análisis de laboratorio, después de realizar mediciones de la temperatura media corporal, de número de glóbulos rojos, de análisis químicos de los nutrientes de los alimentos locales y de la cantidad de urea en la orina, indicaban que “nuestra raza [...] está atacada de un principio de degeneración fisiológica [un retardo nutricional] que la incapacita para defenderse contra las agresiones de la altura.”<sup>23</sup> Al igual que los higienistas que vimos en la sección anterior, Torres señalaba la importancia de inculcar en el pueblo las nociones de una alimentación adecuada regida por la ciencia de la nutrición, así como fomentar la educación física para compensar sus deficiencias metabólicas.

La consolidación de esta ciencia de la nutrición y su incipiente papel en las políticas de estado para el gobierno de la vida, se vio reflejado de forma patente en la educación que recibían los maestros de escuela. En 1917, en respuesta a las demandas de una mayor educación de la higiene para la población, el gobierno designó como texto oficial para la enseñanza de la nutrición en las Escuelas Normales de Colombia, un tratado escrito por el médico y químico Rafael Zerda Bayón (1850-1920) y titulado *Química de los alimentos, adaptada a las necesidades económicas e higiénicas de Colombia*. El Ministerio de Instrucción Pública compró tres mil ejemplares del libro para distribuirlos en estos centros educativos que tenían como función formar a los futuros maestros de las escuelas públicas de toda Colombia (Consejo de Estado, 1917). Con esto, se pretendía asegurar que los maestros tuvieran los conocimientos suficientes para transmitirles a la niñez colombiana las bases de una higiene alimentaria que mantuviera la salud y que lograra un equilibrio energético entre lo que consumían y lo que gastaban en el trabajo. En el texto, Zerda Bayón definía la ciencia de la alimentación como un análisis termodinámico para optimizar la capacidad productiva del cuerpo:

Termoalimentación es el estudio de la naturaleza de los alimentos necesarios para sostener un número de calorías compatible con la buena salud durante el trabajo. [...] La alimentación racional es la cantidad rigurosamente necesaria para sostener la vida en la más completa salud. [...] La alimentación completa debe satisfacer las necesidades

---

<sup>21</sup> Citado en, Ministerio de Instrucción Pública, República de Colombia, “Undécima parte. Segundo Congreso Científico Panamericano de Washington”, en *Memoria del Ministro de Instrucción Pública al Congreso de 1916* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1916), 149.

<sup>22</sup> Torres Umaña, “La nutrición”, 52.

<sup>23</sup> Torres Umaña, “La nutrición”, 64.

orgánicas y ser de buena calidad y en cantidad relacionada con los trabajos a que está sometido el hombre.<sup>24</sup>

En esos primeros años del siglo XX se publicaron también diversos manuales de higiene destinados a escolares y madres que le prestaban especial atención al régimen alimenticio de los niños. Como uno de ellos señalaba en 1905, “atribuida la degeneración visible de nuestra raza a la acción del medio, a la vaga e indefinida del tiempo, no hemos fijado la atención en los verdaderos agentes de nuestra debilidad y decadencia.”<sup>25</sup> Su autor, el médico José Ignacio Barberi en conjunto con Torres Umaña y otros médicos, fundaron años después, en 1917, la Sociedad de Pediatría de Bogotá como una iniciativa para atacar esos “agentes de debilidad y decadencia”. El objetivo de la sociedad era

Desarrollar y perfeccionar entre nosotros el estudio de las enfermedades de los niños, favorecer su crianza y atenderlos con sus enfermedades; con tal fin propondrá por fundar consultorios gratuitos en los distintos barrios de la ciudad, tratará de establecer la institución conocida con el nombre de “Gotas de Leche” y se preocupará por divulgar por todos los medios posibles la manera de criar los niños de acuerdo, con las ideas higiénicas modernas, para lo cual, sus miembros dictarán conferencias periódicamente a las madres que desean mejorar la salud de sus hijos. Será pues, ésta una Sociedad científica y docente a la vez que de beneficencia.<sup>26</sup>

La creación de la “Gota de Leche”, se llevó a cabo en Bogotá un año después. Aunque esta institución, destinada a proporcionar leche adecuada a los niños pobres cuyas madres no tenían la capacidad de atender adecuadamente la lactancia de sus hijos, ha sido generalmente entendida como un programa de beneficencia social propio del ideal católico de la caridad,<sup>27</sup> su existencia se enmarcaba también en un campo científico sobre la alimentación y la higiene pública. De hecho, se designó a la Sociedad de Pediatría para que dirigiera la “parte científica de la institución”, la cual definió en términos calóricos las raciones de leche que deberían consumir los críos de acuerdo a su edad y peso. Varios médicos de la época realizaron pasantías en estas instituciones y realizaron sus tesis de medicina sobre análisis químicos y calóricos de la alimentación que recibían estos niños.<sup>28</sup> Esta institución, de iniciativa privada pero que contó cada vez más con apoyos gubernamentales y departamentales, fue presentada, tal como lo comentara el higienista liberal Jorge Bejarano, como un espacio para formar “bellos

---

<sup>24</sup> Rafael Zerda Bayón, *Química de los alimentos, adaptada a las necesidades económicas e higiénicas de Colombia* (Bogotá: Imp. del Comercio, 1917), 15.

<sup>25</sup> José Ignacio Barberi, *Manual de higiene y medicina infantil al uso de las madres de familia* (Bogotá: Imp. Eléctrica, 1905), iii.

<sup>26</sup> AGN. República, Ministerio de Gobierno, sección 4ta Personerías Jurídicas, tomo 6, ff. 131-132.

<sup>27</sup> Beatriz Castro, *Caridad y beneficencia, en el tratamiento de la pobreza en Colombia 1870-1930* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2007).

<sup>28</sup> Ver, por ejemplo, Enrique Pardo Calderón, *Consideraciones sobre las Gotas de Leche* (Bogotá: Tip. Minerva, 1920); Tiberio Rojas, “Mortalidad infantil. Gota de leche”, *Revista médica de Bogotá. Órgano de la Academia Nacional de Medicina* 36, no. 429-432 (1918): 246-285; Remigio Díaz Valenzuela, *Apuntes sobre la alimentación de los niños normales durante los primeros meses de la vida* (Bogotá: Tip. de El Voto Nacional, 1922).

ejemplares de raza y vigor” y para lograr la “renovación de los pueblos.”<sup>29</sup> En 1933, al inicio de un periodo liberal tras más de cuarenta años de gobiernos conservadores, existían unas 30 Gotas de Leche y Salas Cuna en 17 ciudades de Colombia, que preparaban un promedio de 150.000 teteros al mes.<sup>30</sup>

Tanto las Gota de Leche como los comedores escolares, que se establecieron en diferentes ciudades de Colombia en la década de 1930, buscaban inculcar en madres y niños los principios de una alimentación científica basada en las calorías y que aprendieran a concebir sus cuerpos como máquinas térmicas que debían estar en óptimas condiciones para transformar la energía de los alimentos en trabajo productivo. Las colonias de vacaciones escolares, iniciadas al final de esa década, representaron un excelente ejemplo de estos laboratorios de ingeniería social en donde se congregaban adolescentes campesinos de diferentes regiones del país por periodos de tres meses para su “restablecimiento fisiológico” a través de un régimen higiénico que incluía educación física y una alimentación racional.<sup>31</sup> Tanto los comedores como las colonias eran coordinados por el Ministerio de Educación, que a su vez inició en 1935 una importante campaña de difusión cultural popular denominada la *Biblioteca Aldeana*. El contenido de estas bibliotecas, que deberían llegar a cada uno de los municipios del territorio nacional, incluía, en primer lugar, una serie de cartillas técnicas con conocimientos prácticos para la población campesina. El conocimiento energético de la alimentación y del funcionamiento del cuerpo-máquina fue un tema central en varias de estas cartillas.<sup>32</sup>

Dentro del campo de saber de higiene pública que informaba este tipo de instituciones y campañas, se encontraba también la moderna ciencia de la puericultura, como una rama de la pediatría que no separaba en su enfoque lo biológico y lo social. Uno de sus principales promotores en Francia, Adolphe Pinard, tuvo gran repercusión en Colombia, traducándose su libro *La puericultura (crianza de los recién nacidos)* en 1907 por una editorial bogotana. Esta ciencia, que los seguidores de Pinard en Colombia definían como aquella que “trata de la investigación de todos los conocimientos concernientes a la reproducción, conservación y mejoría de la especie humana”<sup>33</sup>, se entendió como una fuente fundamental para el “porvenir de la raza”. Varios médicos colombianos destacaban la idea de Pinard de que se podría evitar las taras de los niños antes y después de su procreación a través de medidas adecuadas:

La puericultura antes de la procreación no es sino una medida profiláctica que se toma para impedir el número considerable de taras que hacen o pueden hacer del individuo una carga para la sociedad, en lugar de un elemento activo y útil. Eso se propone la eugenesia,

---

<sup>29</sup> Jorge Bejarano, “Las Gotas de Leche. Su significado y valor social”, *Cromos* 8, no. 181 (1919): 189-190.

<sup>30</sup> Para los datos estadísticas de esta institución entre los meses de octubre y noviembre de 1933, ver “Gota de Leche y Salas Cunas: Movimiento en el mes de Noviembre de 1933”, *Revista de Higiene, Órgano del Departamento Nacional de Higiene*, 3, no.3-4 (1934): 162-163.

<sup>31</sup> Norberto Solano Lozano, “Colonia escolar de vacaciones”, en *Educación Nacional. Informe al Congreso 1938. Anexol* (Bogotá, Editorial ABC, 1938), 34.

<sup>32</sup> VV.AA., *Nuestros alimentos* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1935); VV.AA., *Las doce plagas mayores* (Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, 1935).

<sup>33</sup> José Ignacio Vernaza, *Higiene escolar* (Bogotá: Arboleda & Valencia, 1912), 11.

y preservando en sus esfuerzos, llegará un día a hacer de la herencia, no la fuerza ciega que transmite males, sino la encargada de rodear de dones la cuna del niño.<sup>34</sup>

Una de las concepciones fundamentales que informaban la puericultura prenatal era la idea neolamarckiana de la herencia de características adquiridas. Como lo explicaba el médico José Salazar en su tesis de grado de 1921, las células germinativas podían degenerarse por acción directa de ciertas enfermedades e intoxicaciones de los padres. Estas degeneraciones actuaban sobre “los gérmenes que aún no se han conjugado, por intermedio de sus portadores, creando, en su origen, lo que se ha llamado ‘defectos hereditarios’”. El alcoholismo de los padres, por ejemplo, aunque fuera reciente antes de que naciera el niño, podían generar alteraciones en el protoplasma de las células germinativas, produciendo “generaciones patológicas que continúan amenazando a varias generaciones sucesivas, en forma de vicios o defectos hereditarios”.<sup>35</sup>

El propio Torres Umaña, seguidor de los postulados neolamarckianos, no dudaría en afirmar que “fuera de la generación y de la herencia no hay en la biología un problema tan trascendental como el de la nutrición.”<sup>36</sup> Además de su papel como fundador de la Sociedad de Pediatría, dedicaría numerosos trabajos al estudio de la nutrición infantil, tratando de definir los requerimientos calóricos necesarios para los niños de acuerdo a peso y edad y calculando el valor calórico de los alimentos más usados en Bogotá. En medio de este creciente interés por el estudio científico de la alimentación para el mejoramiento y porvenir de la raza, no sorprende que tanto Torres Umaña, como el anteriormente mencionado higienista Jorge Bejarano –que sería figura central en la creación del Instituto Nacional de Nutrición a principios de la década de 1940– fueran dos de los seis invitados a discutir durante ocho viernes consecutivos de 1920 los “problemas de la raza en Colombia” ante un público abarrotado en el Teatro Municipal de Bogotá.<sup>37</sup>

Como bien señala Catalina Muñoz, estos debates –que por lo general han sido el elemento central a la hora de estudiar la eugenesia en Colombia– no eran nuevos y ya habían interesado a la élite de mediados del siglo en su búsqueda del progreso económico de la nación. Pero ahora, señala Muñoz, bajo el nuevo contexto económico y social de principios del siglo XX, se volvían a formular inquietudes similares relacionadas con las capacidades de la población para avanzar en la modernización del país. En medio de una incipiente industrialización, construcción de infraestructura comercial tecnológica y de incursión en mercados internacionales, así como por la emergencia de tensiones sociales protagonizadas por diversos actores (clase obrera, mujeres, estudiantes), las élites se enfrentaron al “reto de dar sentido a una realidad social cambiante”, apoyándose en teorías geográficas y médicas que “les brindaban

---

<sup>34</sup> Herman Gartner, *Notas sobre puericultura pre-natal* (Bogotá: Ed. Colombia, 1922), 11.

<sup>35</sup> José Salazar Estrada, *Mortinatalidad* (Bogotá: Imprenta del comercio, 1921), 8.

<sup>36</sup> Calixto Torres Umaña, *Problemas de nutrición infantil* (París: Eds. Franco-Ibero-Americana, 1924), 9.

<sup>37</sup> Luis López de Mesa, ed., *Los problemas de la raza en Colombia* (Bogotá: El Espectador, 1920).

herramientas que usaron creativamente para entender y ordenar su realidad.”<sup>38</sup> Lo importante acá, es señalar que el campo de saber sobre la alimentación, enmarcado en una representación del cuerpo humano como una máquina térmica –símbolo a su vez del ideal de modernización al que Colombia intentaba incursionar–, supuso uno de los elementos fundamentales para asignarle una dimensión energética a la noción de raza. El cuerpo máquina podía ser regulado a través de la alimentación –esto es, su combustible–, para lograr su optimización productiva y luego heredar esta condición para encaminar el ingreso de la nación en la tan ansiada modernidad.

### **Chicha, productividad y raza**

En general, las élites percibían que uno de los principales obstáculos en la producción de cuerpos modernos y de una raza acorde con esa modernidad era el alcoholismo en tanto que revertía los valores de trabajo y productividad propios de ese sujeto deseado y degeneraba, aún antes de su procreación, a las futuras generaciones de trabajadores. Tal como lo comentaba el médico José María Lombana Barreneche al iniciarse el siglo XX, el alcoholismo, y en particular el constante consumo de chicha –una bebida indígena extraída a partir de la fermentación del maíz y muy popular entre campesinos y obreros– era la principal fuente de que se levantaran “generaciones hambreadas y degeneradas física y moralmente; porque es necesario no perder de vista que la raza entra por la boca; pueblo bien alimentado, pueblo vigoroso, trabajador, independiente, altivo; nación de provenir por sus adelantos en la industria, las artes y las ciencias.”<sup>39</sup>

Dentro de esta visión de la alimentación como elemento fundamental para el porvenir de la raza, una tensión fundamental con la que se enfrentaron todos aquellos que emprendieron estudios sobre los hábitos alimenticios de la “clase trabajadora” fue el hecho de que la chicha era la principal fuente de alimentación energética de los obreros y la idea de que esta bebida era nociva para la salud y fuente de degeneración racial. El trabajo pionero del médico conservador Liborio Zerda sobre los componentes químicos de la chicha realizada a finales del siglo XIX influyó a varias generaciones de médicos sobre la idea de que en el proceso de fermentación de la bebida popular, se generaba una toxina que podía llegar a “embrutecer” al pueblo.<sup>40</sup> Pero la supuesta enfermedad del “chichismo” y el consiguiente esfuerzo para reducir el consumo de la bebida, se enfrentaban a la realidad irreductible de que ésta era la principal fuente de alimentación de un amplio sector de la población.

De acuerdo al ya mencionado estudio de Cotes de 1893, los carreteros de la Sabana de Bogotá consumían en promedio al día 3575 gramos de chicha (que equivalían al 76% del total de gramos de comida que consumían por día), los canteros 1300 gramos (50%), los jornaleros hombres 3575 gramos (78%) y los jornalero mujeres y muchachos 2275 (77%). Incluso en la dieta que recomendada para que la clase obrera

---

<sup>38</sup> Catalina Muñoz, “Estudio introductorio. Más allá del problema racial: el determinismo geográfico y las ‘dolencias sociales’”, en *Los problemas de la raza en Colombia*, ed. Luis López de Mesa (Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2011), 16.

<sup>39</sup> José María Lombana Barreneche, “Prevención del alcoholismo”, *Revista Médica de Bogotá* 23, no. 277 (1903): 804.

<sup>40</sup> Liborio Zerda, “Estudio químico, patológico e higiénico de la chicha”, *Anales de la instrucción pública en la República de Colombia* 14, no. 78 (1889): 3-51.

sufriera el menor desgaste posible de acuerdo a sus trabajo corporal y teniendo en cuentas sus muy limitados ingresos, la chica era irremplazable, recomendando un consumo de 1625 gramos (41%). La misma municipalidad de Cundinamarca establecía que el régimen alimenticio de los presos del Panóptico de Bogotá debía incluir tres vasos de chicha diarios por persona.<sup>41</sup> Por su parte, García Medina mencionaba casi 20 años después, en 1911, que el consumo de chicha seguía siendo escandalosamente alto, con un promedio de 3000 gramos al día. Tanto Cotes como García Medina mencionaban que aunque los estudios de Liborio Zerda sobre los componentes químicos de la chicha demostraban que tenía elementos tóxicos, esta bebida preparada de forma higiénica contenía principios nutritivos y estimulantes que eran indispensables para que los trabajadores, en sus precarias condiciones, pudieran suplir sus gastos energéticos. Como comentara el economista Ramón Vanegas en un estudio similar al de Cotes y realizado en la misma época, los trabajadores con menores ingresos consumían por lo menos tres vasos de chicha al día, mientras que los que ganaban un poco más, se alimentan mejor, “sin dejar por eso la chicha, bebida favorita, que si bien mantiene las fuerzas, tal vez por las sustancias que la componen, también, al decir de algunos, origina el embrutecimiento más triste; quizá a ella se deba la gran diferencia que se nota comparando la vivacidad de de inteligencia emprendedora del muchacho, con el carácter sumiso y casi nula iniciativa del adulto.”<sup>42</sup>

En el marco de un debate que llevaba más de 100 años sobre las medidas de regulación que se deberían adoptar sobre el consumo de la chicha para la buena moral, la salud y el orden público de la población, a principios del siglo XX el registro de los argumentos se había transformado notoriamente.<sup>43</sup> Apelando a una especie de sociología energética espontánea por parte de los trabajadores, García Medina explicaba las razones por las cuales estas personas consumían la famosa bebida. La debilidad moral o las malas costumbres se habían desplazado a favor de una explicación de equilibrio energético condicionado por los requerimientos de trabajo:

Una de las causas del abuso de la chicha es, sin duda, la alimentación insuficiente de la clase trabajadora; y lo que se dice de esta bebida se aplica también al abuso del aguardiente en los lugares donde ella no se consume. Uno y otra conducen al alcoholismo por una misma causa. En todo tiempo y en toda zona el hombre siente necesidad instintiva de usar estimulantes del sistema nervioso, y de ahí el empleo de las bebidas fermentadas y de otras más o menos excitantes como el té y el café, todas las cuales se han tenido erróneamente por alimentos. Cuando la alimentación es escaza o deficiente en ciertos principios, en relación con el esfuerzo que hay que emplear para la ejecución de un trabajo y reparar las pérdidas de los tejidos, hay necesidad de hacer uso de esos estimulantes cuya excitación pasajera engaña al organismo. Acostumbrase así el trabajador a buscar en los productos alcohólicos la energía que le falta, y de aquí pasa fácilmente al abuso, cada días más creciente, de una sustancia que, usada moderadamente, puede serle útil, pero que luego lo conduce a la ruina completa. Llega entonces el alcoholismo, no por placer sino por una necesidad de su organismo, que

---

<sup>41</sup> Salomón Higuera, 1892, 6.

<sup>42</sup> Vanegas Mora, *Estudio sobre nuestra clase obrera*, 23.

<sup>43</sup> Para el debate sobre el consumo de chicha a finales de la colonia, ver (Alzate, 2007).

puede satisfacer mejor por otros medios; en tanto que otras clases sociales, colocadas en mejores condiciones higiénicas y con una educación superior, llegan a él por una vulgar satisfacción, tanto más censurable cuanto que, convertido en costumbre y propagado por el ejemplo, el vicio individual se transforma en la más peligrosa de las enfermedades sociales.<sup>44</sup>

Desde la perspectiva del productivismo energético, la solución no era simplemente prohibir el consumo de chicha, lo cual equivaldría a vaciar el tanque de la máquina social productora, sino a prepararla debidamente, bajar su grado de alcohol y combinarla con otros principios alimenticios. Así, con la consolidación de la alimentación racional, la chicha, preparada debidamente, fue considerada por varios químicos y médicos, ya no como la bebida que embrutecía el pueblo, sino como el combustible más barato que podía poner en acción a la máquina humana. Por ejemplo, Zerda Bayón en su manual para las Escuelas Normales destacaba la importancia de bebidas como el café y la chicha, dado que sus características químicas propiciaban en el organismo una buena disposición para el trabajo y el ejercicio y desarrollaban más energía, disminuyendo el sentido de fatiga. Aunque las bebidas alcohólicas eran presentadas como peligrosas para el hombre en la sociedad (generaba violencia, indolencia y pereza al trabajo), la chicha era presentada por Zerda Bayón como “la primera bebida alimenticia con que cuentan gran número de poblaciones de la República”. Su uso era fundamental como fuente de energía barata para los cuerpos trabajadores, y una vez producida de forma higiénica bajo parámetros científicos, sería la bebida “más sana, agradable y nutritiva de las conocidas, perfectamente adaptable a las condiciones físicas de la organización humana en estas alturas.” En varios trabajos de la época, se hicieron cálculos del consumo calórico de un obrero durante un día de trabajo, destacándose cómo la chicha aportaba la cantidad de carbohidratos necesarios para suplir esa cantidad de energía, y a un muy bajo costo.

Aunque en la década de los 30 se intensificó la campaña contra la chicha y la cerveza empezó a desplazarla como la nueva bebida popular, todavía en 1939 se calculaba que en promedio, los obreros de Bogotá consumían una media de 2250 gramos diarios de chicha. Para el médico Francisco Socarrás, era justamente gracias a la chicha que los obreros de Bogotá lograban tener un consumo calórico similar a los obreros de otros países. De hecho, la bebida popular, según el estudio de Socarrás, aportaba el “50% del régimen calórico.”<sup>45</sup> Su análisis de la cuestión era muy similar al de García Medina: más allá de cuestiones morales, se trataba de un requerimiento fisiológico de balance energético:

De los datos anteriores [sobre la chicha y otros alimentos] surge una consideración más. Está visto que los alimentos, en general, no son suficientes para mantener el gasto energético diario. Mucho menos para acumular disponibles. ¿Qué ocurre entonces? Se trata de organismos que fisiológicamente viven a deber. Al confrontar, a cada momento, la necesidad de gastar calorías han menester suplirlas al instante. No poseen reservas las

---

<sup>44</sup> García Medina, “La alimentación de nuestra clase obrera”, 170-171.

<sup>45</sup> José Francisco Socarrás, “Alimentación de la clase obrera en Bogotá” *Anales de Economía y Estadística* 2 no. 5 (1939): 32.

cuales recurrir, ni pueden esperarse a un largo proceso de elaboración digestiva para obtenerlas, cuando urge, especialmente, dar un rendimiento de trabajo. El único elemento que suministra la energía en forma instantánea es el alcohol. A él apelan. Pero haciéndose víctimas de un círculo vicioso. Sus calorías no permiten reservar nada. Tan pronto como son ingeridas, se queman. Es necesario gastarlas. De lo contrario, se pierden.<sup>46</sup>

Socarrás, recordando el debate de dos décadas atrás sobre los “problemas de la raza en Colombia”, mantenía la idea de que la población colombiana estaba sujeta a una “degeneración étnica” causada principalmente por una “pobreza en la alimentación.”

## CONCLUSIONES

En la medida que se fue instaurando una higiene pública que empezó a preguntarse por la salud en términos funcionales del organismo y sus capacidades de trabajo recurriendo a las ciencias físicas y químicas, y que se fue articulando un nuevo estilo de producción de conocimiento científico basado en la cuantificación, la observación de laboratorio y la comparación estadística, se configuraron nuevos saberes que transformaron la forma de entender el cuerpo y la salud en Colombia. A principios del siglo XX, se empezó a entender que el cuerpo se podía auto-regular de forma interna, siendo en su interior donde se daban las transformaciones energéticas y materiales necesarias de acuerdo con una interacción propicia con el medio circundante. Si la noción de raza de mediados del siglo XIX, aunque polifónica,<sup>47</sup> estaba fuertemente ligada a un climatismo que ubicaba en el exterior los determinantes de las características físicas, morales e intelectuales de los cuerpos, en los albores del siglo XX este concepto, todavía como categoría fenotípica diferenciadora y jerarquizadora, empezaba a entenderse a la vez como un organismo que bajo ciertas condiciones de funcionamiento tenía la capacidad de regularse constantemente para evitar lo que en ese momento se empezó a llamar como su “degeneración”.

El proceso de integración económica que las elites criollas habían llevado a cabo a lo largo del siglo XIX para convertir a los indígenas y negros en participantes efectivos para una economía de mercado y en mano de obra eficiente –aunque manteniéndolos al margen de la vida política–, en los albores del siglo XX se estaba convirtiendo en un proyecto de optimización y de mantenimiento tanto preventivo como correctivo al interior de los cuerpos-máquinas, enmarcado en un proceso de incipiente industrialización y de creciente preocupación por aumentar la productividad del país. Aunque el proyecto social de la higiene pública de la Regeneración le prestó gran atención a la caridad y la moral como ejes articuladores para “reproducir el orden jerárquico de la sociedad”<sup>48</sup>, tal como lo ha explorado en detalle Hayley Froyland, en lo tocante a la alimentación tuvo un claro componente de modernización –y optimización– material enfocado sobre los cuerpos de la población. El productivismo energético en el que se inscribía esta mirada materialista del cuerpo permeó el

---

<sup>46</sup> Socarrás, “Alimentación de la clase obrera”, 33.

<sup>47</sup> Una mirada de las diferentes y heterogéneas concepciones de raza a mediados del siglo XIX en Colombia se encuentra, entre otros, en Max Hering, “Orden y diferencia a mediados del siglo XIX en Colombia”, en *Ensamblando Colombia*. (Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2013) [en prensa].

<sup>48</sup> Froyland, “The *regeneración de la raza* in Colombia”, 178.



pensamiento social de las élites conservadores y liberales –durante la Regeneración y la República Liberal–, en tanto que prometía lograr medir sistemáticamente las capacidades de trabajo de los individuos y así poder restaurar las fuerzas de una población pobre que insistentemente se pensó degenerada pero susceptible de mejoramiento. Desde esta perspectiva, la noción de raza adquirió una capa significativa adicional que añadió a los factores fenotípicos y culturales para su clasificación, diferenciación y jerarquización, una dimensión fisiológica para su inserción en las lógicas productivas del mundo capitalista moderno. Se trataba de un reduccionismo de la existencia real de los individuos a aquello que podía ser medido y cuantificado como una mercancía: un sistema contable energético-material de entrada de combustible y salida de trabajo. La raza, como diría un médico de la época, “entra por la boca”.